

Incógnitas del destino

Verónica Alonso Torres

Mes de septiembre, un día otoñal que refleja con su manto de nubes grises el estado de ánimo de Carlota. En la propia entrada se respira un aire de miedo a lo desconocido, pero a la vez de ilusión y ansias de sentirse importante. Así comienza la nueva experiencia, los nuevos se preguntan cómo acabará, sin querer en el fondo que eso ocurra.

Carlota cruza el recibidor de la facultad, se contamina de ese aire que impera en el ambiente, cierra los ojos e intenta sentirse parte de ese grupo que abarrota la sala entre risas, conversaciones e inquietudes. Un volcán de melancolía explota en su interior, para ella la vida en ese mundo tan distinto al cotidiano, en ese segundo hogar que no quisiera abandonar, se acaba como cuando se va consumiendo la llama de una vela, así ha sido para ella su experiencia en la universidad y apenas le queda cera que arder. Ha recorrido cada pasillo, cada aula, no hay ni un solo rincón en el que no se sienta a gusto, pero su verdadero paraíso es el de la biblioteca. Carlota adora tanto estar rodeada de libros, de su olor e incluso del polvo que se acumula en sus páginas, como Dioniso la embriaguez de su vino. Cuando entra en ella, siente cómo se introduce en un lugar propio, de donde nadie puede hacerla salir y del que no quisiera hacerlo, se ilumina su interior de una suave luz amarillenta, fruto del estado de éxtasis que le produce cada una de las páginas que lee, acaricia y aspira. Aunque se tenga que marchar pronto no va a dejar de visitar su lugar, simplemente porque no puede vivir sin él.

Atraviesa el pasillo y sube la escalera hasta la segunda planta, entra en la clase y espera al profesor de literatura aún abatida, no se quita de la cabeza que vaya a ser su último año, al menos tiene la esperanza de que el próximo no se alejará tanto ya que debe hacer un máster para poder dedicarse a otra de sus pasiones: la enseñanza, pero siente el mismo miedo de enfrentarse al mundo que cuando comenzó la carrera. Entra el profesor y comienza la lección. Carlota se sumerge en el discurso del doctor y se anima, debe vivir con toda intensidad este año y aprovecharlo al máximo, si se aflige no va a poder disfrutar, se repite una y otra vez en su mente la expresión latina *carpe diem*.

Su grupo se ha desmembrado, muchos han abandonado, otros van por su camino, el cariño que los unía ha desaparecido. Se sienta sola en primera fila desde el curso anterior, este año están las cosas mucho peor porque comienzan los preparativos de la orla y no son capaces de ponerse de acuerdo, todas las posibilidades implican problemas.

El profesor que está impartiendo la lección es uno de los más admirados por Carlota, pero solo en su papel de orador porque cuando se dirige a él en privado para comentar cualquier aspecto

concerniente a la asignatura la trata con desprecio, indiferencia y, según su parecer, con antipatía. Qué sería de Carlota si don Pascual la suspendiese, que no quiera marcharse de la universidad aún no quiere decir que quiera repetir, y mucho menos con una sola asignatura, su expediente y su desarrollo le preocupan, por eso va a esforzarse al máximo.

En los tres años que ha pasado en la facultad, cuatro con el presente, ha visto de todo lo habido y por haber: falsos amigos, codiciosos compañeros, profesores olvidadizos y relajados trabajadores. En primero, si toda la promoción podía ser una estructura, según el concepto saussureano; en segundo empezaba a desequilibrarse, no pudiendo el sistema funcionar correctamente, como diría el profesor de lingüística general. En tercer curso, el sistema había desaparecido por completo y en cuarto sus elementos seguirían danzando solitariamente por el universo individual de cada uno de los puntos de la red que conforman el objeto del Principio de inmanencia de Hjelmslev. Los trabajadores de las administraciones siempre atendían muy bien, alguno que otro le parecía algo serio, pero en general se comportaban. Las señoras de la limpieza, todas enérgicas y muy agradables, siempre tenían las aulas a punto. Donde sí había diferencias era en la biblioteca, aunque todos se coordinaban, cuando Carlota los observaba recordaba los amargos tiempos que vivía con su grupo de compañeros, esto era lo que menos le gustaba, pero a ella lo que le importaba eran sus libros. En muchas ocasiones soñaba con una biblioteca vacía, toda para ella.

Con respecto al profesorado, hay de todo, desde el profesor más ordenado y claro, hasta el más desordenado y confuso, eso sí, todos comprometidos con la clase. Hubo casos en los que se aprendía sin darse cuenta los postulados planteados de la forma más alterada que hubiera imaginado, y otros en los que Carlota pensaba que no iba a poder con tanta información descontextualizada, pero a la hora del examen todos los conceptos, fechas, obras, movimientos estéticos, le borboteaban en la mente y el profesor más descarrilado le parecía el más venerable, sin menospreciar al resto. Lo que no se había encontrado hasta ahora era un profesor como el que le impartía una de las asignaturas de literatura, curiosamente la que más le gustaba: Realismo y novela. Estudiar al gran Benito Pérez Galdós era para ella otro motivo de éxtasis interior. Pensar que un escritor de la talla de Galdós tan poco considerado en su lugar de origen, en comparación con otros sitios del país y del mundo, le irritaba.

Estas clases a Carlota la hacían sentir como si viviera en la segunda mitad del S.XIX y como si Galdós fuera, y en cierto modo lo es, como los cantantes idolatrados hoy. Era la mejor de la clase, pero no presumía de ello, ni siquiera así lo sentía, para Carlota nadie era ni mejor ni peor que los demás. Pero don Pascual no veía eso, sabía que Carlota podría llegar muy lejos y no descansaría hasta verla en el lugar que se merecía.

En estos momentos, es necesario conocer algo más a don Pascual, con permiso del lector. Este profesor rondaba la edad de 63 años, pocos le quedaban para su jubilación y desconocía que pudiera parecerse en esto a Carlota, ambos sentían esa sensación de destierro inevitable de la patria. Habían perdido la batalla al tiempo. Don Pascual era alto, escuálido, de escaso cabello y una barba que amanecía en la barbilla y anochecía a la altura de la nuez, en forma de pico. Su gesto parecía el de un hombre castigado por la vida, y verdaderamente así era. Perdió a su esposa a los seis años de matrimonio, víctima de una fuerte neumonía, quedándose solo ante la crianza de su hija Eugenia. Fue un padre ejemplar, pero siempre triste y serio, no superó jamás el fallecimiento de su mujer y en muchas ocasiones, la pequeña Eugenia lo veía hablando por las noches con un retrato de su madre en la oscuridad de su alcoba.

Don Pascual había vivido el nacimiento, desarrollo y, en muchos casos, la muerte de acontecimientos acaecidos durante los últimos 40 años de su vida, que son los que más recuerda. Sin olvidar la pérdida de su amada esposa, su memoria guarda empolvados decenas de sucesos: el primer secuestro aéreo en España, la donación de Pablo Picasso de 900 obras suyas a Barcelona, la separación de los Beatles, el primer atentado contra Juan Pablo II, la caída del muro de Berlín, los juegos olímpicos de Barcelona, el comunicado de la existencia del SIDA, las guerras contra el terrorismo y la caída de las Torres Gemelas, la muerte de Sadam Hussein, la victoria de un hombre de color a la presidencia del gobierno americano y otros hechos que ya todos conocemos por su actualidad y resonancia.

Eugenia creció, estudió Filología Hispánica en la Universidad de La Laguna, y se marchó a Inglaterra. Su padre no volvió a saber nada de ella. Tras todas estas batallas llevadas a cabo con valentía por don Pascual, la pérdida de su mujer y la desaparición de su adorada hija es comprensible, pero inimaginable, el resentimiento y dolor que guardaba en su corazón.

Llega el mes de abril, mes de entrega del trabajo cuyo tema elegido por Carlota es el liberalismo en *Doña Perfecta*. Es magnífico, se ha documentado muy bien y, a su parecer, ha hecho un trabajo digno de Matrícula de Honor, pero aún queda el examen. El resto de asignaturas hacen que su cerebro se colapse por momentos, pero no es capaz de dejar de pensar en las materias mientras descansa un momento del arduo trabajo del estudio. Rememora cuántas veces discutía con don Pascual a causa de la gran veneración que sentía Carlota hacia Pérez Galdós, según él menospreciaba con su adoración a otros grandes autores realistas como Leopoldo Alas, Emilia Pardo Bazán, o Juan Valera. Ella tan solo intentaba que sus compañeros leyeran más al autor canario, sin dejar de leer a los otros; que cuando se hablara de Realismo en medio de una conversación sobre literatura, nombraran en primer lugar a don Benito; que vieran la genialidad de sus descripciones y no las tomaran por cansinas; pero esto don Pascual no lo entendía, o no quería entenderlo.

Llega la noche, y Carlota no deja de dar vueltas en su cama pensando en la valoración que le dará a su trabajo don Pascual, en cómo le saldrá el examen. Son las once y media y suena el teléfono. El lector va a disculpar la tardía exposición de la situación de Carlota, ya que es este el momento que lo requiere.

Carlota es una chica alegre, reservada, soñadora, sensible y, como don Pascual, también ha vencido varias batallas a la vida, pero al contrario que aquel, no guarda resentimiento. Vivió algunos años en el extranjero, pero ella apenas lo recuerda. No conoció a su madre, ni siquiera tiene un retrato de ella. El rencor que sintió su padre por el abandono de su mujer y los pocos recursos que le dejó lo sumergieron en una crisis de cólera que lo obligó a echar el cerrojo a la puerta de su antigua casa y marcharse a otro país donde empezar una nueva vida con su pequeña. El paso del tiempo curó el corazón de Manuel, que así se llamaba, mejoró su condición económica y rehízo su vida al lado de una hermosa mujer que le robó el corazón justamente el primer día de clase de Carlota en la Universidad. Llevó muy satisfecho a la facultad a su querida hija y, en la puerta, una señora de unos 33 años le preguntó a dónde tenían que dirigirse los chicos. Dada la belleza de la mujer, no supo qué responder. En su lugar, Carlota, tímidamente, se ofreció a acompañar a su hijo, conociendo luego el gran error en que había caído pensando que lo era, en realidad eran hermanos.

Carlota se lleva muy bien con la mujer de su padre, pero no por eso deja de olvidar a su madre, a quien se muere por conocer algún día.

Cristina, la mujer de Manuel, respondió la llamada y le pasó el teléfono a su esposo. Cuando Manuel oyó la voz que salía del aparato se quedó rígido, pálido. Colgó de inmediato. Carlota estaba muy ocupada con sus pensamientos como para preguntar qué había pasado, al oír que Cristina intentaba sacar las palabras a Manuel.

Llega el mes de mayo, las clases del último mes han sido extrañas. Don Pascual se había desmejorado mucho, no parecía que su estado de salud fuera el adecuado para acudir al trabajo. Ya no discutía con ella, pero tampoco valoraba las intervenciones de ningún compañero. El día del examen se acercaba y los trabajos no estaban corregidos. Carlota se encontraba en un sin vivir, por los pasillos oía a sus compañeros presumir de sus trabajos, copiados en su mayoría de internet. Los pobres ilusos pensaban que don Pascual no manejaba las TICs, pero su estado la hacía imaginar que el profesor no se molestaría en averiguar si eran de propia o ajena cosecha.

Por otro lado, las últimas semanas han sido de las peores en la universidad para Carlota. Los preparativos de la orla traen de cabeza a todos, las becas de color azul no llegan, los padrinos no están del todo elegidos, el salón de actos aún no ha sido pedido para la fecha y los regalos de los padrinos ni siquiera están pensados. Además, en casa, Manuel está extraño, serio, como preocupado y Cristina ya no sabe qué hacer por él. Al parecer, este año no es muy bueno para Carlota y todo apunta a que tenga que estar un año más con la asignatura de Realismo y Novela.

Se acerca el periodo de exámenes, las clases están llegando a su fin, y Carlota no es capaz de olvidar todo lo que ha pasado en tan solo un mes. El estado de don Pascual y de su padre le preocupa bastante y no entiende por qué tiene que pensar en su profesor, no es familiar suyo. Sin embargo, en su interior, siempre sintió algo que la unía a él.

La última clase de la asignatura de don Pascual fue pésima. Carlota no había estado más triste en su vida, excepto cuando mamá se fue de casa. Se dio cuenta de que aquella tristeza que la embriagó cuando tan solo tenía cinco años volvía a ella a través de don Pascual. Antes de acabar la clase, el decadente profesor pidió públicamente disculpas por su comportamiento de las últimas semanas, argumentando que había recibido una noticia *non grata* que le había afectado seriamente. Carlota se acordó de la llamada que había recibido aquella noche su padre.

Los exámenes cada vez estaban más cerca y Carlota no podía estudiar sin quitarse de la cabeza todas estas preocupaciones.

Después del examen de Gramática de la Lengua Española, todo 4º se reunía para ultimar los preparativos de la orla, los padrinos que habían sido elegidos aún no estaban al tanto. A Carlota le disgustó bastante que no saliera don Pascual, pensó que tal vez eso lo animaría, aunque la profesora de fonología y el profesor de lingüística le caían muy bien. Tras varias horas de conversaciones, votaciones y algunos cafés, la reunión concluyó satisfactoriamente: tres compañeros se encargarían de comprar dos detalles para los padrinos con el dinero recolectado y el delegado haría el comunicado para los padrinos y recogería las becas azules. Lo único que quedaba por hacer era comprar el traje, quien no lo tuviera ya preparado.

Cada tarde iba Carlota a la universidad, miraba sus aulas, se paseaba por su patio y se deleitaba aspirando el ambiente y el aroma de la biblioteca. A todos estos lugares les dijo que el próximo año los acompañaría de nuevo, pero ellos no le contestaban. Imaginó entonces, que hasta el propio edificio estaba sumergido en una tristeza inacabable.

Llega junio, el calor insoportable llega la facultad, gracias a los técnicos que han puesto a punto los aparatos de aire acondicionado, si no las pobres señoras de la limpieza no sobrevivirían. Todos los alumnos se quejan porque el periodo de exámenes dure hasta la primera semana de este mes. El tiempo no acompaña, hace demasiado calor para estudiar. Pero nunca se ponen en el lugar de las señoras de la limpieza, de los conserjes y de los técnicos de mantenimiento. Lo único que tienen que hacer los estudiantes es ir a la biblioteca, lugar fresco por cierto, sentarse y leer una y otra vez. Sin embargo, estos trabajadores están hasta ocho horas en movimiento, en lugares muy cálidos y todavía Carlota no les ha visto ni un gesto de desgana. De hecho, le parecía injusto que ellos tuvieran que estar en lugares tan calurosos, ya sabemos el sentimiento de igualdad que la caracteriza y que tanto la aleja de don Pascual.

Manos a la obra, hay que hacer a la perfección el examen de Realismo y Novela, es una meta que se ha establecido Carlota con el objetivo de sacar de su malestar al profesor tan solo por un momento, haciendo que su texto lo atrape y asombre. Quiere demostrar a don Pascual que Pérez Galdós debe ser la primera figura del Realismo decimonónico que un canario debe nombrar cuando se le pregunta, pero que no es la única, Leopoldo Alas y Pardo Bazán no son peores. Don Benito

tiene que ser querido en su tierra, como él la quiso a ella, hay que olvidar el falso rumor que se difundió en el S.XIX y que aún hoy se conserva: Pérez Galdós no se avergonzó de su tierra, no la olvidó jamás y en su estilo y lenguaje no perdió sus raíces canarias. Hoy en día las editoriales siguen teniendo sus normas.

Tres días antes de la orla, Carlota oyó a Cristina regañar a Manuel por no haberle contado que la llamada de aquella noche era la de su agonizante exmujer. Carlota no pudo aguantar que su padre le ocultara tal noticia y se marchó con amargos sollozos a su cuarto. Manuel le contó al día siguiente que su madre había muerto aquella misma noche en Madrid, quiso contárselo pero no supo cómo y sintió enormemente que se enterara de tal manera. Carlota no le guardó en ningún momento rencor a su padre, lo que la enloqueció fue el hecho de no poder conocer nunca a su madre. En ese mismo instante, su padre sacó de su cartera una pequeña foto en la que salían una mujer y un bebé. Carlota se reconoció en los brazos de su madre, que le recordaba a alguien y no sabía a quién. Seguidamente su padre abandonó la estancia, debía hacer una llamada importante. El día de la orla la esperaba una sorpresa.

Al día siguiente de la conversación con su padre, Carlota asistió al despacho de don Pascual. Se impresionó bastante cuando lo vio tan recuperado, estaba de un contento desconocido para ella, incluso dudó en si aquel hombre era su profesor, imaginó que podría ser un doble, pero comprobó que se trataba de él cuando le vio en su mano su examen con un enorme diez en rojo. Carlota no consiguió lo que se propuso porque sus pensamientos sobre don Pascual eran equivocados, el profesor sí lo había logrado: provocaba tanto a Carlota porque sabía que podía dar más de sí, y en el examen lo demostró. Su trabajo con ella había terminado y la informó de que terminaría su carrera al menos con una Matrícula de Honor. Se despidió de ella prometiéndole que la vería en su orla.

Llegó el gran día. Cristina peinó a Carlota y le hizo un precioso recogido. Cuando se vio en el espejo no se reconoció, estaba espléndida. Su padre y Cristina también estaban muy elegantes y el ambiente en el vestíbulo de la facultad era nuevo. Es como si la relación entre sus compañeros en el primer año no hubiese cambiado. La sala estaba lista y todos en sus puestos. El decano, el secretario y los padrinos abrieron la ceremonia con discursos muy emotivos y seguidamente se procedió a la entrega de orlas. Cuando llegó el turno de Carlota su interior vibró de una felicidad indescriptible. Desde el escenario descubrió a quién se le parecía su madre, y don Pascual no estaba en la parte de

la sala reservada al profesorado, sino en la de los familiares, junto a Manuel y Cristina, aplaudiendo con una sonrisa y una mirada rebosantes de entusiasmo.